EL MURO GRIS\*

—¡Cuéntenos, teniente, cuéntenos! ¿Qué se ve hoy?

Y el teniente contaba. Hoy el cielo está gris, es una asquerosidad. No ha salido el sol en todo el día. Sólo nubes y un montón de gorriones en el parque. Y el viejo de siempre. ¿Lo recuerdan? ¿Ese que viene y se sienta en el mismo banco, a la derecha? Cómo no recordarle si usted lo ha mencionado un millón de veces. Tan sólo él, nada interesante, contaba otra vez. Imagino que con este tiempo nadie quiera venir a tullirse de frío. Pero ayer hubo una pareja de novios que se besaron todo el tiempo, dos niños jugaron con una pelota. Al atardecer, una bandada de pájaros.

¿De qué color? Los hay blancos y negros. ¿Muchos? Más de cien. Han poblado cada árbol. Parecen palomas venidas de todas partes. Ahora un perro las ahuyenta. Bah, y hacía un gesto desagradable.

Tres meses llevábamos en aquella sala a donde iban a parar los lisiados de guerra, impedidos de abandonar la cama ni para orinar. Todo lo tenían que hacer las enfermeras; bañarnos y vestir lo que quedaba de nosotros. El teniente, por ser el de mayor rango, ocupó la cama situada debajo de la ventana, la única de toda la sala. Entonces él podía incorporarse y contarnos cuanto sucedía afuera, allá, en el parque.

Sin embargo, aquella cama significaba una responsabilidad inmensa. Cuando más embelesado estaba, allá iba alguien a despertarlo. Y él contaba. Se veía que le gustaba.

—Es raro —dijo una mañana.

—¿Qué cosa? —le pregunté.

—El viejo. ¿Lo recuerdas?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues juraría que ha muerto.

—Ah, vamos. ¿Cómo podría usted jurar eso?

—Hace una semana que no viene al parque.

—Estará enfermo —le contesté.

—No. Presiento que murió. Los últimos días tosía con frecuencia, quizás fuera por fumar tanto. No sé, tal vez regrese mañana.

Pero no regresó y fue como si nos cayera una gran carga encima. Quizás nos habíamos adaptado a la idea del viejo allí, sentado, todas las tardes, apacible. La viva imagen de ese ser que nada espera salvo la muerte. Y el teniente lo miraba todo desinteresadamente, con apatía, y nada contaba. Resultó difícil sacarlo de aquel estado.

—¿Un cigarrito?

—Mire, un poco de café.

—Le guardé el pudín, porque sé que a usted le gusta.

—Aquí tiene una revistica porno, para que se entretenga.

—Se habrá enamorado —dijo uno—. ¿usted mismo no nos decía que cuando pasaba una jovencita se le caía el libro de las manos?

—De viaje —decía otro—. Debe andar por París, por Buenos Aires, por San Petersburgo, por Holanda...

—Tal vez esté escribiendo una novela —dijo un tercero—. Toda persona que lee, termina por escribir algo.

—Puede ser, puede ser —repetía él.

Pasaron unas dos semanas sin que el teniente refiriese lo que afuera acontecía. Teníamos que conformarnos con fumar, jugar a las cartas o leer algún libro. Quizás aquella tarde estábamos demasiado entretenidos cuando quedó como alelado y dijo:

—No puede ser. En el banco que ocupaba el viejo... hay una muchacha.

Y la voz se corrió como pólvora. Una muchacha. En el banco del viejo hay una muchacha. Una muchacha. Todos queríamos saber cómo era. De qué color era su vestido, su cabello. Si era trigueña o mulata, el ancho de sus caderas. Entonces tuvo que responder un millón de preguntas.

—Tiene unos ojos muy vivos, y el pelo suelto, negrísimo, le cae sobre los hombros.

También dijo que algunos rasgos le recordaban al viejo. Su nariz respingada, el mismo modo de acariciar las páginas del libro. ¿Delgada? ¿Y sus labios?

Las semanas sucesivas estuvieron marcadas por la aparición de la muchacha. La variable intensidad de su mirada, sus diversos estados de ánimo, su forma de vestirse, de andar, de mirar al vacío. Todo era narrado con precisión absoluta, casi con delectación. Una mañana lo confesó, se había enamorado. Iba a escribirle una carta. Ella tenía que saber que él la amaba. Y la escribió, enviándola con una enfermera que terminaba su turno. Al día siguiente, cuando ésta regresó, le entregó una nota diciéndole: Es de su enamorada. La tomó entre sus manos y con voz imprecisa, la leyó para todos.

*Estimado señor:*

*No sabía que detrás de la pared, tras esa ventana, se escondiera un ser que vigilaba mis pasos cada tarde. Si mi presencia lo hace feliz, vendré todos los días para disminuir, aunque sea con mi silencio, su dolor.*

*Su más atenta servidora:*

*Gabriela*

La sala estalló en vítores, en aplausos, en vivas al teniente y todo fue un alboroto que duró hasta la noche. Aún puedo recordar que muy lejos de sentir una devoción limítrofe con la ternura, sentí envidia y detrás de la envidia, ira y detrás de la ira, unos deseos irrefrenables de que se muriera el teniente. Por eso, mientras continuaba recibiendo cartas de Gabriela y su relación se hacía cada vez más cercana, hasta el punto de que ella había anunciado una visita en próximos días, imaginaba su muerte de diversas maneras. Rogaba que ocurriese pronto. Yo, el subteniente Minella, ocuparía su sitio. Nadie más. Le escribiría a la muchacha: El teniente se ha marchado hoy. Podemos ser amigos, compartir la vida.

El mediodía que se lo llevaron al salón de operaciones tuve que reprimir mi alegría, disimular al máximo, poner esa cara triste, preocupada, de todos. Su pierna había empeorado y era necesario amputar, no quedaba otra salida. En la noche trajeron la noticia. No se pudo hacer nada. Se hizo todo lo posible, pero aún así las complicaciones y... El doctor pedía un minuto de silencio por la memoria del teniente.

Inmediatamente pedí que me trasladaran. Era una noche oscura y no pude dormir. Podría verla al fin. ¿No exageraría al describirla? ¿Y si era fea? ¿Si el parque no tenía el encanto del césped y era triste y sin árboles?

La madrugada se tornaba interminable y mi ansiedad crecía con cada cigarrillo. Al despertar, ya había amanecido. El rocío dejó empañada la ventana. Mientras la limpiaba, alcancé a oír una voz:

—¿Ya apareció, Minella? ¿Ya apareció la muchacha?

Y no supe qué responder. No vi el parque. No vi a la muchacha. Tan solo un muro gris que se alzaba unos seis metros por encima de la ventana y que apenas permitía ver la presencia de un árbol del otro lado, un pedazo de cielo. Sobre el muro, varios dibujos. En uno, aparecía la imagen de un viejo leyendo. En otro, una muchacha, delgada, miraba hacia el vacío.

Marzo, 2001.

\* Basado en una idea de Ricardo Piglia.